

8

LA ENERGÍA, CLAVE DE LA GUERRA

Rusia y Europa son complementarios, la energía y las materias primas que Rusia tiene, Europa las necesita. Durante más de 50 años Alemania y Rusia han mantenido relaciones comerciales constantes y fluidas, a pesar de las continuas injerencias de EE. UU. Hoy el imperio no puede permitirlo.

A principios de los 60 se inicia la construcción del gasoducto Druzhba (amistad) entre Siberia y Europa, al que Alemania suministraba las tuberías. En 1963, Kennedy decretó el embargo a ese suministro, a pesar de lo cual, el gasoducto se terminó en 1965 y llegó a Alemania en 1973.

En 1970, Alemania y Rusia firmaron un acuerdo comercial y de cooperación, quebrando las líneas estratégicas fundamentales de la guerra fría decretada por los EE. UU. contra la URSS.

En el verano de 1982, los EE. UU., amenazaban abiertamente a Europa si continuaba sus planes de recibir gas de Siberia a través de ductos. Esa tensión aumentó cuando varios países europeos se negaron a renunciar a ese suministro de gas barato, seguro, poco contaminante e imprescindible para sus industrias y hogares. La respuesta de los EE. UU fue pasar a la política de los hechos, sabotéandolo mediante un acto terrorista organizado por la CIA.

Esa situación puede parecer semejante a la actual, pero existe una gran diferencia, ya que en aquel momento una parte importante de la clase política y empresarial europea denunciaron el intento de sometimiento de los Estados Unidos y se decantaban por no aceptar sus imposiciones. En el editorial del periódico El País del 22 de agosto 1982 se podía leer: *Reagan lleva adelante*

la guerra del gasoducto contra la URSS esto es lleva adelante su guerra contra Francia el Reino Unido y la República federal de Alemania y más adelante continúa su sentido de la unanimidad admite pocas dudas consiste en aceptar la dependencia económica de Estados Unidos, añadiendo que parte del ahogo europeo viene directamente de Estados Unidos. La editorial continúa en el mismo tono hasta el final.

Conviene recordar que, en ese momento, Europa se enfrentaba a la instalación de misiles nucleares estadounidenses de alcance medio. Las manifestaciones en contra fueron masivas en toda Centroeuropa y la tensión generada provocó la caída del gobierno alemán. Europa en ese momento no parecía dejarse arrastrar fácilmente por los EE. UU. si sus intereses estaban en juego.

Desde entonces varias líneas de suministro de gas conectaron la actual Federación Rusa con Europa. No eran simples acuerdos comerciales: suponían un vínculo bajo el criterio de compartir el mismo continente euroasiático, que ofrece la posibilidad de un equilibrio en favor del bien común, ya que no era solo gas lo que llegaba de la Federación Rusa.

Europa es mayoritariamente deficitaria en energía: tan solo Noruega y el Reino Unido disponen de recursos propios; el resto requieren inmensas cantidades de gas para abastecer sus industrias y hogares y Rusia dispone sobradamente de esos recursos. No puede extrañar que se formaran consorcios con socios europeos y rusos para llevar a cabo los proyectos.

Esa complementariedad fue la que planteaba de una manera racional el suministro de gas ruso a

Europa, poniendo en marcha grandes sistemas de abastecimiento, fundamentalmente gasoductos que han unido Rusia con Europa: la ruta bielorrusa, la ruta ucraniana y la ruta del Báltico, el último de ellos el Nord Stream 2, que se terminó en septiembre de 2021 después de 2 años de retraso debido a los continuos boicots políticos y económicos de los EE. UU. sancionando a las empresas europeas que participaban en su construcción.

En septiembre de 2021 el gasoducto estaba terminado y su puesta en servicio dependía de un dictamen por parte de Alemania y de la UE. Puro trámite, ya que las empresas europeas eran copartícipes y corresponsables de las obras. El dictamen no se llegó a otorgar por imposición explícita de los EE. UU.; es decir, cinco meses antes de que comenzaran las acciones militares rusas en Ucrania, los EE. UU. ya tomaban decisiones estratégicas sobre Europa, antes de que ésta se pronunciase.

Esa decisión se tomó sin que existieran garantías de un suministro alternativo equivalente, poniendo en grave riesgo la economía, la industria europea y las condiciones de vida de su población. Tampoco se hizo ninguna consulta que otorgara legitimidad a estas decisiones. Europa tendría que explicar por qué se entregó en cuerpo y alma al águila americana.

Si para Europa supone riesgos y costos y para el mundo contaminación, la alternativa del gas de esquisto estadounidense supone para este país un inmenso negocio. Ese gas proviene del fracking, una técnica de fracturación de la roca profunda por medio de agua a alta presión.

El gas es licuado, transportado a la costa y embarcado, recorrerá miles de kilómetros, volverá a ser gasificado y distribuido en Europa, con enormes costes añadidos.

Pero no es su único problema: el agua de fracturación llega a los 30 millones de litros por pozo y no es recuperable porque contiene aditivos altamente tóxicos, que contaminan los terrenos circundantes y los acuíferos. Las fugas de gas, especialmente el metano, contribuyen enormemente al efecto invernadero.

Además, la extracción libera radón, un contaminante radiactivo. También eleva el riesgo sísmico: en EE. UU. el fracking ha provocado seísmos de 4 y 5 grados.

Europa tendrá el honor de haber contribuido decisivamente a la contaminación, la depredación del agua y al efecto invernadero en el planeta.

Sus aspectos positivos son sencillos y explícitos: dinamiza la economía, atrae inversiones y es un excelente negocio, sobre todo si se consigue una demanda cautiva. Pero Estados Unidos no solo logra hacer un negocio y reflotar su industria, sino que consigue someter económicamente y energéticamente a Europa con el mismo objetivo que le llevó oponerse a ese suministro durante los últimos 50 años y acabar sabotando los gasoductos con actos terroristas.

El 26 de septiembre de 2022 el Nord Stream 1 y el Nord Stream 2 fueron volados conjuntamente en el mar Báltico, una reedición del sabotaje de 1982, una forma drástica e irreversible de desconectar a Europa de Rusia. Hoy se sabe que lo hizo EE. UU. con la colaboración de Noruega.

Ucrania no se queda al margen: acostumbrada a depredar y extorsionar con el gas ruso que pasa por su territorio, ha reclamado insistentemente la desaparición de la ruta del Báltico porque amenazaba su negocio con el gas ruso.

Este es un ejemplo brillante de hasta dónde puede llegar Estados Unidos para desvincular Europa de Rusia y debilitar a este país. Un proyecto racional y equilibrado es sustituido por la fuerza por otro irracional, altamente costoso y contaminante; cualquier cosa es posible si conduce a la derrota de Rusia, el derrocamiento de su gobierno y su fraccionamiento en múltiples estados fácilmente controlables o sometidos.

Si el guión es idéntico al de 1982, queda claro que Europa ya no es la misma, que acepta y se somete a cualquier dictado de los Estados Unidos por más absurdo e irracional que sea, incluida su propia inmolación.